

peque con mi lengua; he puesto un centinela á mi boca cuando el pecador se me presentaba para atacarme, yó permanecí mudo, y me humillé, y guardé silencio para no decir cosas buenas (Psal. 33).

« Pero ahí va lo que os recomiendo de un modo particular, y que debéis mirar como el coronamiento de las virtudes cuya práctica os he propuesto. Hacedos como insensato en este mundo, á fin de llegar á ser sabio como lo decia el mismo san Pablo. No examineis nada, ni discutais sobre aquello que se os mande. Obedeced con simplicidad y una fé viva. No creais nada bueno, ni útil, ni cuerdo, ni prudente, que no sea la ley de Dios ó el mandato de vuestro superior. Con esto perseveraréis en la disciplina de este monasterio sin que el enemigo os la haga abandonar.

« Por lo demás, no aguardéis vuestra paciencia de la virtud de los otros; quiero decir, que no os debéis contentar de tenerla cuando nadie os ofende; pues esto no depende de vos; pues lo que está en vuestro poder es esperarla de vuestra humildad y de vuestra longanimidad.

« En fin, para resumir cuanto os acabo de decir, y para que lo podais imprimir mejor en vuestro espíritu, hé aqui en dos palabras porque gradós podréis sin dificultad elevaros á la perfección. El temor del Señor es, según la Escritura, el principio de nuestra salud y nuestra sabiduría. Este temor produce la compunción saludable. De esta compunción nace el renunciamiento; esto es, el despojo y el menosprecio de los bienes de este mundo. Este despojo produce en nosotros la humildad, de la cual se origina la mortificación de nuestros pecados. Esta mortificación arranca y destruye todos los vicios. Las virtudes crecen y producen sus frutos á medida que los vicios desaparecen. La fecundidad de las virtudes nos trae la pureza de corazón, y esta pureza nos hace entrar en posesión de la perfección de la caridad evangélica. »

DESIERTO DE DIOLQUE.¹

Casiano y Germán, continuando su visita á los solitarios del Egipto, pasaron del desierto de Panephyssa al de Diolque.

« Eso fué menos, dice Casiano, por la necesidad de nuestro viaje que por el ardiente deseo de ver los solitarios que allí moraban. Había allí gran multitud, de los cuales unos vivian con toda regla en el estado cenobítico, y los otros despues de haber practicado en los monasterios que los antiguos habian fundado allí, las virtudes de la paciencia, humildad y pobreza, empiezan á combatir contra los demonios entrando en los lugares más recónditos donde llevaban una vida más celestial que terrestre. »

El desierto que ellos habitaban era una isla cerrada á un lado por el Nilo y al otro por el mar Parthaniano. Allí sólo había anacoretas que pudiesen suportar esa horrible soledad; pues, además de estar compuesta de una tierra agria y de una arena estéril, que la hacian incapaz de ser cultivada, los anacoretas padecian allí muchas incomodidades, alcanzando agua con tanta dificultad que les obligaba á economizarla con más cuidado que no toma el avaro para ahorrar el vino más precioso. Y debian andar más de tres millas, eso es, más de una legua larga, para ir á sacarla del Nilo, y aún subir por algunas montañas que se hallaban en diversos lugares y que redoblaban sus trabajos. En esos términos hace Casiano la descripción del desierto de Diolque y de los Santos que allí moraban, y confiesa que solo el amor

¹ Casiano-Rufino-Paladio.

á la soledad y á la contemplación podia hacer que sustuvieran mansión tan penosa.

El abad Piamón era el más antiguo de todos los anacoretas de ese lugar. Era sacerdote y ejercia su ministerio con mucho cuidado y edificación, lo mismo que el gobierno de muchos y célebres monasterios. Dice Casiano que era como un brillante faro cuya luz hería primero la vista de aquellos que se aproximaban á ese lugar, y que se podia comparar á la ciudad del Evangelio, que no puede ser escondida por estar situada en la cima de un monte. « También, dice, fué el que nos pareció el primero entre todos esos santos. » Como este autor más bien se había propuesto relatar las instituciones que los milagros de los santos solitarios, lo que ya lo dice en su carta al Obispo Castor, que sirve de prólogo á sus libros de las *Instituciones*, añade, hablando del abad Piamón, que omite muchas cosas de él que podrian sorprender á sus lectores por ser maravillosas; pero nos presenta un rasgo de su discreción y humildad que merece ser relatado. Es que habiéndole un hermano ofrecido un racimo con vino, él no reparó en comer la uva y beber el vino, apesar de hacer ya venticinco años que se abstenía de esas cosas sin que nadie lo supiera, prefiriendo en esa ocasión romper su abstinencia que exponerse á la vanidad haciéndola conocer á los otros.

Rufino nos instruye sobre ciertas gracias extraordinarias con que Dios le habia favorecido, y despues de haber dicho que era sacerdote admirable, que poseia la humildad y bondad en sumo grado, añade que el Espiritu Santo le revelaba el secreto de los corazones, y en corroboración cuenta el siguiente ejemplo.

« Un dia, dice, ofreciendo el santo sacrificio de la misa vió un ángel en pié dedras del altar, quien tenia en su mano un libro en el cual escribía los nombres de algunos de los solitarios que se acercaban al altar, pero no los de los otros.

El anciano habiendo observado con mucho cuidado cuales eran aquellos cuyo nombre el ángel no escribía, concluida la misa llamó á cada uno en particular, y habiéndoles preguntado por separado que faltas secretas podían haber cometido, encontró que ni uno solo habia que no hubiese cometido alguna falta considerable. Entonces los exhortó á hacer penitencia, y postrado con ellos dia y noche delante de Dios, como si él hubiese sido culpable en los pecados de ellos, continuó la penitencia y las lágrimas hasta que vió al mismo ángel aun en pié detras del altar que estaba escribiendo los nombre de los que se acercaban, quien despues de haberlos escrito, los llamaba por su nombre para invitarlos á reconciliarse con Dios. Por eso conoció aquel santo varón que la divina Majestad habia quedado complacida con aquella penitencia; y habiéndole llanado de singular consolación, les permitió acercarse al altar para participar de los santos Misterios.

Aun Rufino dice que una vez los demonios le pegaron tan cruelmente, que no se podia sostener de pié, ni se podia mover permaneciendo en este estado el resto de la semana. Habiendo llegado el domingo, y debiendo celebrar la santa misa dijo á sus hermanos que le llevaran al altar, en donde rogando y sin poderse levantar, el ángel que acostumbraba ver en pié cerca del altar, se le apareció, le tendió la mano y lo levantó, desapareciendo al instante su dolor, y encontrándose más fuerte y sano que nunca¹.

Ya hemos dicho en otra parte que Lucio, famoso arriano, habiendo por las intrigas de los de su secta sido colocado en la cátedra de Alejandría, ejerció estrañas violencias contra los solitarios. Entonces el abad Piamón fué elegido por los católicos para llevar limosnas á aquellos so-

¹ Eso que dice Rufino en el libro segundo de los Padres es relatado en el Lusiaco de Paladio, en el cual Piamón es llamado Ammon ó Ammone.

litarios del Egipto y de la Tebaida que habian sido desterrados durante esa persecución y condenados á trabajar en las minas del Ponte y de la Armenia.

Casiano hace hablar al Abad Piamón en su décima octava conferencia. Dice que habiendo ido á visitarle con Jermán los recibió con gran satisfacción, y los trató de tal modo, que respondió á la ternura de la caridad que les atestiguaba. Habiendo notado que eran extranjeros, les preguntó de donde eran y á que fin habían venido al Egipto. Como ellos le respondieran que habian venido del monasterio de Siria deseando más perfección, les dirigió el siguiente discurso.

« Mis queridos hijos, todos los que desean perfeccionarse en algun arte, no lograrán su intento mientras no se ejerciten en ella asiduamente, y consulten á los pèritos en élla, á fin de descubrir todos sus secretos. Ya hemos visto venir aqui muchos de vuestros pais sólo para conocer los lugares y pasar de celda en celda á conversar con los solitarios, y no con el propósito de instruirse en la perfección y en el verdadero camino espiritual para practicar despues lo que vieron y oyeron en su viaje. Asi conservando siempre las mismas imperfecciones y malas inclinaciones, parece que algunos les han reprendido diciéndoles que no habían cambiado de lugar tanto para adquirir la perfección como para evitar la pobreza. »

Despues que Piamón les hubo hablado así, tomó de ahí motivo para conferenciar con ellos sobre las tres clases de religiosos que entonces había en el mundo, y aun sobre una cuarta clase que era muy reciente. Los primeros son los cenobitas que viven en comunidad bajo la dirección de un superior, y los segundos son los anacoretas, « quienes, dice, no se lanzan al seno de una soledad por impaciencia y desaliento, sino por un vivo deseo de perfeccionarse en la virtud y dedicarse á la contemplación de Dios. » Habla del origen de esos dos estados, y dice que la vida cenobítica

data del tiempo de los Apóstoles, y que es una imitación de la primera Iglesia de Jerusalem, y que es de ese tronco fecundo en tantos santos, que despues produjo los anacoretas.

Y añade « que mientras la Iglesia cristiana se gozaba en verse honrada por esas dos santas profesiones, tuvo luego el dolor de ver como el relajamiento se iba insinuando en este estado tan perfecto de los anacoretas. » Pues entonces se vió nacer esa especie de monjes que los Egipcios llaman *Sarabaitas*, porque separándose de sus monasterios, tomaba cada uno el cuidado de si mismo, y proveia á todo lo necesario para su subsistencia.

El Abad Piamón condena vivamente á esos *Sarabaitas*. Dice que hacen profesión de buscar la pureza de la vida evangélica, más por simulación que por el sincero amor á la virtud; que siguen, no la voz de Dios, pero sí su ambición y orgullo; que quieren ser tenidos por solitarios sin cuidarse de cumplir sus deberes á los ojos de Dios; que bajo ese designio evitan el sujetarse á la regla y disciplina de un monasterio y someterse á las órdenes de un superior, porque no quieren aprender á vencer su propia voluntad para seguir la de los ancianos, que todo su religión consiste en el hábito, y su desprendimiento en lo exterior.

Viene en seguida una cuarta clase de religiosos, « que, dice, empieza á parecer despues de poco, y se lisonjea con el nombre de anacoreta que usurpa. Esos son, añade, unas gentes que en su primer fervor parece que desean su perfección en la vida cenobítica; mas habiéndose apagado ese fuego y no trabajando más en corregir sus inclinaciones viciosas, ya no pueden llevar el yugo de la humildad, de la paciencia y obediencia que deben á sus superiores. Ellos piden celdas separadas de los monasterios, á fin de que no siendo importunados por nadie, los hombres los tengan por dulces, humildes y pacientes; y ese nuevo es-

tablecimiento ó, mejor dicho, relajación pierde ó los que se dejan caer en ella ; porque la virtud no se adquiere disimulando los vicios, sino domándolos. »

Eso que dice aquí el abad Piamón de esas clases de monjes, pide alguna explicación por temor que se confundan los *Sarabaitas* con los otros solitarios que vivían santamente tres ó cuatro juntos, y también los otros con los santos reclusos que se encerraban en una celda particular en el cerco de su monasterio. Los primeros se diferencian de los *Sarabaitas* en que estos no se sometían á superior alguno, se regían por sus propias luces ; iban donde querían ; vivían sin regla, y recogían el dinero á montones ; de modo que no practicaban ni la humildad, ni la obediencia, ni la pobreza ni la estabilidad. Al contrario, los otros, de los cuales se veían muchos en el desierto de Scete, donde habían pocos cenobitas, estaban sometidos á las reglas establecidas en el desierto, vivían bajo la inspección de los ancianos, y en particular del sacerdote de su iglesia, los cuales juntos formaban como un consejo general para el buen gobierno de los solitarios, y practicaban una gran pobreza. Así mismo los reclusos, á quienes el abad Piamón condena, sólo se retiraban en una celda particular, porque detestaban el someterse á la corrección de un superior, y no tenían bastante virtud para suportar el humor y los defectos de sus hermanos ; pero había algunos que se encerraban por consejo del superior del monasterio para vivir en mayor retiro y solos con Dios solo, después que habían hecho grandes progresos en la obediencia y paciencia con sus hermanos bajo la dependencia de su abad. Veremos ejemplos edificantes en el curso de esta historia, y el abad Piamón no tendría presentes esos personajes cuando hablaba como acabamos de ver. Los que él llama *Sarabaitas*, cuya conducta condena tan fuertemente, eran también condenados por san Jerónimo, quien

... en ella ; porque la virtud no se gana por los medios, sino domándolos. »

... aquí el abad Piamón de esas clases. Este abad da una explicación por temor que se confundiera con los otros solitarios que vivían santamente. Entre tantos, y también los otros con los santos reclusos que se encerraban en una celda particular en el cerco de su monasterio. Los primeros se diferencian de los Sarabaitas en que estos no se sometían á superior alguno, se gobernaban por sus propias leyes ; iban donde querían ; vivían en el ocio, y acumulaban el dinero á montones ; de modo que se olvidaban de la humildad, ni la obediencia, ni la pobreza, ni la estabilidad. Al contrario, los otros, de los que se retiraban al desierto de Scete, donde estaban sujetos á las reglas de los Padres, vivían bajo la inspección de un superior, y en particular del sacerdote de su iglesia, en cuyos puntos formaban un consejo general para el buen gobierno de los reclusos, y practicaban una gran pobreza. Así mismo los reclusos, á quienes el abad Piamón condena, se retiraban en una celda particular, porque detestaban el someterse á la corrección de un superior, y no tenían bastante virtud para suportar el humor y los defectos de sus hermanos ; pero hablaban algunos que se encerraban por consejo del superior del monasterio para vivir en mayor retiro y solos con Dios solo, después que habían hecho grandes progresos en la obediencia y paciencia con sus hermanos bajo la dependencia de su abad. Veremos ejemplos edificantes en el curso de esta historia, y el abad Piamón no tendría presentes esos personajes cuando hablaba como acabamos de ver. Los que él llama *Sarabaitas*, cuya conducta condena tan fuertemente, eran también condenados por san Jerónimo, quise

Tome II.



Eulogio.
Eulogio.

Paul. Thross.

Imp. G. Charbonnier, Paris.

los llamaba *Remoboth*, y también por San Benito en Occidente quien los llamaba *Sarabaitas* como Piamón. San Agustín también habla mucho en contra de esos monjes que vivían sin superior y sin regla, y que iban pasando de un país á otro declamando mil mentiras para justificar á los ojos de los hombres la irregularidad de su vida errante, y dice que era el enemigo de los hombres quien les hacía voltear por el mundo.

El desorden de esos monjes provenía de su orgullo, por el cual querían parecer por fuera santos bajo su hábito, lo que en realidad no eran á los ojos de Dios; del amor á su libertad, por el cual no se querían sujetar á regla alguna, ni á la obediencia; de su avaricia, deseando los bienes, y huyendo la pobreza evangélica; de su impaciencia, no queriendo suportar nada de los otros, y no pudiendo por consiguiente vivir en comunidad con sus hermanos. Eso presentaba ocasión al abad Piamón para dirigir muchas exhortaciones á Casiano y Germán para que se dedicasen á la humildad y paciencia, y sobre eso les decía muy bonitas cosas.

Les recomendaba gran docilidad, advirtiéndoles que los jóvenes religiosos nunca deben ratiocinar sobre lo que ven ú oyen de sus superiores. « Practicad, les decía, con profunda humildad todo lo que veáis ú oigáis que dicen nuestros Padres en el desierto. No os arredreis si alguna vez no comprendéis de momento la razón de su conducta ó de sus máximas, y que eso no os impida el obedecerlos; porque los que juzgan bien y con sinceridad de todas las cosas, y quieren más imitar que examinar lo que ven hacer ó decir á sus superiores, hallarán el conocimiento y la luz en la misma experiencia y en la práctica de la virtud. »

Hablando en seguida de la paciencia les daba excelentes instrucciones. « La sólida paciencia y la verdadera paz del alma, les decía, sólo se adquieren y conservan con una

profunda humildad. Ella no tiene necesidad ni de una celda separada, ni del retiro del desierto ; pues no busca afuera el remedio ni el apoyo de alguna cosa exterior, cuando por dentro está sostenida por la virtud de la humildad que la produce y la conserva. Que si estamos todavía sujetos á la emoción cuando se nos molesta, es indicio seguro que la humildad aun no está bien arraigada en nuestro corazón, y que bastará la menor tempestad para sacudir peligrosamente todo el edificio de nuestra alma ; pues la paciencia que sólo se conserva en la paz y que no tiene enemigos que la hostiguen, nada tiene de grande y admirable ; pero élla se presenta gloriosa é ilustre cuando permanece firme é inquebrantable en medio de las tentaciones. Cuanto más parece que cede al mal y se abate, tanto más se fortifica y se levanta ; y aquello que parece la debilita, éso redobla su vigor. »

Despues de esas excelentes máximas, el abad Piamón refiere un admirable ejemplo de paciencia de una señora de Alejandría ; y con este ejemplo terminaremos el análisis de su conferencia. « Había, decia, en Alejandría una señora de buena familia, que vivía cristianamente en una casa que sus padres le habían dejado. Un día vino en busca del Obispo Atanasio, de feliz memoria, para pedirle que le entregara alguna de las viudas que la Iglesia amparaba, con el propósito de mantenerla en su casa ; y le hizo la demanda en esos términos : *Dadme alguna de las hermanas, á quien yo queda hacer la caridad.* Este santo obispo encomió mucho su caritativo celo, y ordenó que se escogiese una cuya santidad y gravedad la hicieran preferible á las demás. Esta señora, pues, la recibió en su casa, y cumpliendo hacía ella con todos los deberes de la caridad, advirtió que esta buena viuda, que era en extremo dulce, en todos los momentos le daba pruebas de su agradecimiento. Volvió al beato Atanasio, y le dijo : Padre mio, os rogué me

entregaseis una viuda á quien yo pudiera prestar servicio. Este santo varón no comprendiendo de momento el significado de esas espresiones, creó que habían faltado á sus órdenes, y reprendió á los encargados de ello. Mas como supiera por ellos que habían entregado á dicha señora una viuda de exelente virtud, recelándose entonces de las susodichas espresiones, mandó en secreto que le entregaren la más quisquillosa y violenta de todas ellas. No les costó tanto elegir á esta como á la primera, y la condujeron á la casa de la señora, quien la recibió con el mismo afecto y la sirvió con el mismo esmero que á la otra, y aun con más ternura. Pero sus servicios no fueron recibidos del mismo modo ; pues por toda recompensa no hacía más que injuriarla, reprochándole que sólo la habia pedido al obispo para atormentarla en vez de asistirla. Por fin la violencia de su mal genio llegó hasta á pegarla. Mas esta santa señora aún la sirvió con mayor ardor y sumisión, y procuró no reprimir su insolencia resistiéndole, sino vencerse y sujeterse á si misma, esforzándose siempre en apaciguar, en cuanto podía, sus furias y arrebatos por un exceso de dulzura y humildad. Por fin, habiéndose por eso asegurado del todo en la virtud, y poseyendo ya la paciencia que élla deseaba adquirir, volvió á su santo prelado Atanasio para darle las más expresivas gracias por su acierto en la elección y por las ventajas que de élla había reportado ; porque, dijo ella, mi Padre, vos en fin me habeis mandado una viuda á quien yo he podido hacer caridad. En cuanto á la otra, sólo me servía de carga, y no hacía más que affligirme y dañarme por el exceso de su complacencia y dulzura. »